

NOTA SOBRE LOS MALES CONGÉNITOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo *

Varios males congénitos afligen a la Unión Europea desde su concepción formal en 1957. Dos de ellos están sugeridos en las primeras líneas del Preámbulo del Tratado de Roma, firmado por los Seis el 25 de Marzo de 1957. Comienza el preámbulo con esta afirmación:

“Determinados a establecer los fundamentos de una Unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos...”

La determinación de los firmantes es aquí tan clara como su imprecisión. Hablan de una Unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos, pero no precisan ni el alcance territorial del calificativo europeo ni el alcance funcional del término Unión.

Esa Unión de los pueblos empezó llamándose Comunidad. *La unión cada vez más estrecha de los pueblos* apuntaba, según el contexto de los Padres Fundadores, a una organización supranacional de ambición federativa. No tardaría mucho, sin embargo, en empezar a decirse Unión de Estados, en vez de Unión de Pueblos, apuntando así a una organización intergubernamental cuya máxima ambición sería de carácter confederal.

Los firmantes eran seis: Francia, Alemania, Italia y los tres países del Benelux. Sucesivas ampliaciones han llevado ese número a 27. A pesar de la amplia-

* Sesión del día 19 de junio de 2007.

ción geográfica, aún quedan fuera de la Comunidad países indudablemente europeos en la acepción común del adjetivo, como alguno de los satélites de la disuelta Unión Soviética; sin embargo uno de los hoy incluidos tiene ya una dudosa naturaleza europea: Chipre. La ambigüedad no se aclara mientras se llevan a cabo las sucesivas negociaciones de adhesión y se ha acentuado con el proyecto de una nueva ampliación que incluiría a un país tan claramente no europeo como Turquía, país que sólo tiene geográficamente en Europa una mínima parte de su territorio, al norte del Bósforo, y cuya historia se ha hecho durante siglos contra Europa.

Esta indefinición de sus límites hacia el este ha creado, y sigue creando, graves problemas políticos a los países ya unidos. El éxito de aquella iniciativa que nació con los Seis ha levantado una fortísima ilusión en muchos otros, que desean incorporarse a la misma aventura porque piensan que no hay salvación fuera de ella. Tan firme parece ser esa creencia como lo fue aquella tan famosa durante siglos que proclamaba: "No hay salvación fuera de la Iglesia de Roma"; aunque esta última perdiese su vigencia hace casi un siglo cuando la soteriología moderna tuvo que aceptar la universalidad del mensaje salvífico.

Más grave aún es la segunda ambigüedad que contiene el párrafo inicial del Tratado de Roma: la que se refiere a la forma definitiva que hayan de tener la Comunidad primero y la Unión después. A Ortega y Gasset le gustaba hablar del hilo rojo que marca de cabo a rabo los paños azules de los uniformes de la Armada británica. Un hilo rojo como aquel recorre también de cabo a rabo la ya larga historia de la Unión Europea: el hilo del debate, nunca terminado, sobre la naturaleza federal o confederal de la Unión "in fieri". Esa dualidad ha marcado los hitos más importantes de la historia de la Comunidad, desde 1957 hasta el Acta Única de 1968. (Cabe señalar como curiosidad que la unidad que tan extrañamente bautiza el Acta Única de 1968 fue una simple unidad de encuadernación, puesto que un funcionario de Bruselas decidió resolver el obstáculo que impedía la firma del nuevo Tratado proponiendo la encuadernación conjunta de dos documentos, uno económico de carácter federal y otro político de forma confusamente intergubernamental. La mayor unidad que ha tenido hasta ahora la construcción europea, el artificio con el que se ha pretendido arreglar su esquizofrenia original, ha sido esta unidad instrumental de la encuadernación).

La tensión entre confederalistas federalistas estalló de manera violenta en el mes de Julio de 1965. El Tratado de Roma había estipulado que a partir de ese momento una serie de decisiones que se venían tomando por unanimidad en el Consejo de Ministros pasaran a tomarse por una mayoría cualificada. Era un paso claro, previsto desde la firma del Tratado, hacia una estructura federal. Pues bien: en ese momento clave del proceso de la construcción europea un país miembro, Francia (la actitud de Francia, otro mal congénito en la Unión del que luego he de hablar más precisamente), decide abandonar de manera abrupta la presencia de

un representante francés en los distintos órganos comunitarios, dando lugar así a lo que se llamó gráficamente “crisis de la silla vacía”, porque en las muy numerosas mesas del complicado mecanismo comunitario (incluyendo la Presidencia turnante del Consejo de Ministros que correspondía entonces precisamente a Francia) quedó a partir de ese momento vacía la silla del representante francés.

Después de unos meses de ardua polémica, y de temor a una quiebra irremediable en el proceso, hasta entonces brillantísimo, de la construcción europea, llegaron los seis países miembros reunidos en Luxemburgo en Enero de 1966 a un extraño acuerdo cuya única plasmación formal fue un comunicado de prensa. Nunca hubo el propósito de convertir ese comunicado en un texto de los Tratados, pero, pese a la informalidad con que fue propuesto, se ha respetado escrupulosamente por los países que lo suscribieron y por los que se han ido incorporando en las sucesivas ampliaciones a la Comunidad. Todos sabemos, y algunos la hemos sufrido, la enorme importancia de la prensa en la vida política moderna: pero pocos habrían sido capaces de sospechar que un simple comunicado a los medios de información adquiriría el rango de un artículo más, y no el menos importante, de los Tratados comunitarios. El comunicado de prensa decía así:

“1. Cuando, en el caso de una decisión que tome el Consejo, a propuesta de la Comisión, por mayoría cualificada, uno o varios países miembros estimasen que se ponen en juego intereses importantes, los miembros del Consejo se esforzarán, durante un plazo razonable, en llegar a soluciones que puedan ser adoptadas por todos, en el respeto de sus intereses y de los de la Comunidad, y conforme al Art. 2 del Tratado.”

“2. En relación con el párrafo precedente, la delegación francesa estima que, si se trata de asuntos muy importantes, la discusión deberá continuar hasta que se alcance un acuerdo unánime”...

Siguen dos párrafos más en los que las seis delegaciones constatan que subsiste una divergencia sobre lo que habría de hacerse si no se alcanza un acuerdo suficiente, pero estiman, sin embargo, que esa divergencia subsistente no debe impedir que la Comunidad continúe sus trabajos.

He citado por extenso el texto de Luxemburgo porque me parece un ejemplo eminente de la voluntad enferma con la que vive la Comunidad. Cuarenta años después se acepta, explícita o tácitamente, que el compromiso de Luxemburgo sigue vigente.

El temor a incurrir en un veto por aplicación de este compromiso ha actuado como una férrea censura previa. En todas las reuniones del Consejo de Ministros desde 1966 el simple temor a un veto ha ido dejando fuera del Orden

del Día precisamente las decisiones más necesarias y valientes que hubieran hecho avanzar la construcción de Europa.

Yo fui Diputado Europeo en 1986 y 1987 y oí en más de una ocasión la pregunta formulada en la sesión semanal de Control de la Comisión por un grupo minoritario. La pregunta se refería invariablemente a la vigencia del compromiso de Luxemburgo, y la respuesta del Presidente del Parlamento, dicha con toda seriedad y elocuencia en todos los casos, fue siempre tan ambigua e irresoluta como el compromiso mismo.

El paso decisivo que prevén los Tratados hacia una federación europea lleva, pues, 40 años detenido por esta curiosa situación. Eficacia paradigmática de la esquizofrenia original comunitaria.

(Una aporía semejante ocurre en el dominio severo de la Física teórica desde los años veinte. El doble carácter ondulatorio y corpuscular de la luz, propuestos respectivamente por Huyghens y por De Broglie, han convivido pacíficamente muchos años sin estorbar el desarrollo espectacular de la doctrina. ¡Qué diría Parménides, el hombre que metió hace dos mil quinientos años la obsesión por la Unidad en las cabezas de Occidente!).

En la crisis de la silla vacía aflora abruptamente otro mal congénito que se añade a la ya muy grave esquizofrenia de los Tratados: la actitud frecuentemente contraria de uno de los países fundadores de la Comunidad, Francia. Francia, un problema congénito dentro de la Comunidad. ¿Por qué? La explicación de este hecho necesita ser larga. Es ésta:

Hay dos insignes franceses en la prehistoria de la Comunidad. El mérito de haber puesto el hito fundacional de la historia corresponde a Robert Schumann, a su famosa Declaración de 9 de Mayo de 1950, cuyo desarrollo daría lugar a la Comunidad del Carbón y del Acero en Abril de 1951, y en Mayo de 1957 a la Comunidad Económica Europea.

El otro francés insigne de la prehistoria comunitaria es Jean Monnet, autor intelectual de ambas Comunidades, y, sobre todo, padre del método que lleva su nombre y que ha permitido el avance imparable de la construcción europea imponiendo el pragmatismo por encima de sus males congénitos. Probablemente la originalidad creadora de Monnet se deba a su original formación profesional, porque no es (como son la mayoría de sus compatriotas destacados) ni enarquistista ni *poli-technicien*, sino un vendedor en los Estados Unidos del buen licor que fabricaban sus padres en Cognac. El pragmatismo del comerciante inteligente le permite convivir y progresar entre los males congénitos que he descrito brevemente antes. Su independencia merece el respeto y la admiración de quienes tratan con él, pero

sus paisanos lo ven diferente, les parece un cuerpo extraño en la grandeur de la France: los grandes tecnócratas de las altas escuelas no comprenden bien al gran comerciante de Cognac. Giscard es uno de ellos: cuenta en sus memorias parciales que se sintió extranjero en el entierro de Monnet en su tierra francesa, al que asistió la flor y nata de la Europa Comunitaria. Y, sin embargo, quien ha vivido por dentro la Comunidad sabe que su esencia es mucho más monnetiana que francesa.

La impronta de Francia en la Comunidad se hace singularmente profunda en los años de De Gaulle, desde 1958 hasta 1969.

El General De Gaulle llega por segunda vez a la presidencia de la República francesa en 1958 y se encuentra con una Comunidad Europea recién creada en la que Francia, según De Gaulle, no ha tenido la fuerza necesaria para imponer sus criterios por la debilidad final de la IV República. De Gaulle está convencido de que precisamente para remediar esa debilidad ha sido llamado él por su pueblo y llega dispuesto a renovar de arriba abajo la para él decrepita estructura del Estado que recibe, y en la renovación incluye también la del Tratado de Roma, que se resiente de un federalismo no querido por Francia. La Comunidad Europea ha arrancado sin De Gaulle, y un hombre con la firmeza y la intransigencia del General no puede aceptar que le den hecha la mayor iniciativa política europea de la segunda mitad del Siglo XX. Y decide rehacerla a su gusto.

El veto a las decisiones que han de tomarse por unanimidad, y cuyo ámbito ha extendido el compromiso de Luxemburgo a las que podrían tomarse por mayoría, es un instrumento eficacísimo, de efectos inmediatos, muy propio del talante autoritario y teatral que exhibe De Gaulle en sus periódicas ruedas de prensa. Esa naturaleza terminante tuvieron la decisión de la silla vacía en 1965, o el primer veto a la admisión del Reino Unido en Febrero de 1963, contra la solicitud de Wilson, o el segundo veto en Mayo de 1967, cerrando el paso a la nueva solicitud de MacMillan, o la suspensión sine die de las negociaciones para la adhesión de España el día del Corpus Christi de 1980, ya en tiempos de Giscard. Siempre Francia.

Vuelvo a preguntarme, y no retóricamente, ¿por qué siempre Francia?

Son varias las razones –ya le he dicho– que explican, aunque no siempre justifiquen, la centralidad francesa en el arduo proceso de la construcción europea. Y, en primer término, su propia centralidad geográfica en Europa occidental: el Hexágono –como habitualmente suelen referirse con rigor geométrico a su país nuestros vecinos– tiene frontera terrestre o marítima con seis naciones, cinco de ellas comunitarias. En segundo lugar, la ambición hegemónica de Francia, que ha sido real en el siglo XVIII y ha seguido animando, cuando ya no lo era, la incansable pretensión de sus grandes políticos. Tercero, la calidad intelectual de sus ges-

tores públicos, que han sido capaces de erigirse en árbitros después de las grandes derrotas francesas: son ejemplos eminentes Talleyrand en el Congreso de Viena y De Gaulle en la liquidación de la Segunda Guerra Mundial, frente a actores tan brillantes como Metternich o Churchill. La lectura comparada de las Memorias de Churchill y De Gaulle ilustra el ascenso tenaz de aquel alto oficial francés apenas conocido en Mayo de 1940, que se instala en Londres junto al Premier británico, derrotada Francia casi hasta la ignominia, y le va torciendo la mano, la mano que en los años cuarenta lleva en solitario las riendas del mundo libre, incansablemente al servicio de la maltrecha y escarnecida *grandeur* gala. Ahí van dos ejemplos:

En la víspera más dramática de la historia moderna, la noche del 5 al 6 de Junio de 1945, mientras se comprueban los últimos preparativos del desembarco aliado en Normandía, y Churchill se estremece ante la escalofriante cifra de las bajas que van a producirse inmediatamente, De Gaulle, siempre pegado a su propia *grandeur* y a Churchill, le plantea constantes cuestiones de protocolo, preocupándose, ante todo, del lugar en el que él, De Gaulle, va a intervenir en la serie de alocuciones que los aliados proyectan lanzar a las ondas francesas en la mañana siguiente.

Vencido el Reich, la firma definitiva del armisticio tendrá lugar el 8 de Mayo de 1945 en el Cuartel General Soviético de Berlín. Sentado y solo ante una mesa está el mariscal de campo Keitel, que sería ahorcado poco después en Nüremberg. Van entrando los plenipotenciarios vencedores: Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña; cuando finalmente entra el General de Lattre, que representa a la vencida Francia, Keitel se yergue en un airado e inútil gesto de protesta, que me atrevo a traducir libremente de las versiones educadas que andan por los libros de Historia:

“¡...! ¿También los franceses?”

Curiosamente De Gaulle, en sus Memorias, entiende esta despectiva frase como un elogio al *tour de force* que él mismo ha cumplido forzando la presencia francesa entre los vencedores en aquel acto final de la guerra.

Francia inicia así la postguerra de una guerra, que no ha ganado, en condiciones injustamente ventajosas. Es uno de los cuatro vencedores; participa con ellos en el gobierno de un sector de la Alemania ocupada; va a disponer de su propia arma atómica, su *force de frappe*, y se le regalará un asiento permanente en el reservadísimo Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Ninguno de los cinco restantes fundadores de la Comunidad puede exhibir un status comparable. De Gaulle se sienta sobre él y está dispuesto a defender su privilegio. Esa es la razón fundamental, razón de poder y de prestigio, que decide el veto repetido de

Francia a la entrada del Reino Unido en la Comunidad. Es cierto que el Reino Unido tiene singularidades que se pueden presentar como incompatibles con su pertenencia a la Comunidad, entre ellas la Commonwealth, pero esas serían solubles en el Tratado de Adhesión. La verdadera razón dirimente es la que ya he dicho: la defensa de la propia singularidad francesa dentro de la Comunidad, y el miedo a que su ventaja singular se convierta en plural si el Reino Unido se sienta en el Consejo al lado de Francia. Y a esa razón subordina De Gaulle todo lo demás, desde el deseo de los restantes miembros, que veían en la incorporación del Reino Unido ventajas comerciales y un contrapeso a la pretensión hegemónica de Francia, hasta la gratitud histórica que Francia debía a su histórico rival inglés y, concretamente, a Winston Churchill, francófilo impenitente y generoso en los tiempos difíciles de la guerra. Este es, sucintamente expuesto, el mal congénito que el hecho diferencial francés, la tan manoseada *excepción francesa*, ha contagiado a la construcción de Europa hasta nuestros días.

Cuando yo negociaba en los años 70 la entrada de España en la Comunidad, la arrogancia del General había ido permeando hasta niveles subalternos toda la representación francesa en Bruselas. Citaré como mínima anécdota curiosa una: durante las negociaciones de Adhesión, organizó el Embajador Bassols una cena formal en la Embajada de España ante las Comunidades con personajes notorios del Consejo y de la Comisión, entre ellos el Representante Permanente de Francia, Embajador Luc de la Barre de Nanteuil, quien se permitió hablar de España a los postres en el estilo protector, familiar y superior que entre nosotros llamábamos “el síndrome de Luis XIV”. Encaramado ya en la prepotencia, el Embajador dijo dirigiéndose a mí:

– “Vuestro Rey ¿trabaja de verdad o es un *roi fainéant*?”

Me hirvió un momento la sangre del 2 de mayo en la camisa, hice una pausa teatral y le respondí formalmente:

– “Señor Embajador: Le recuerdo que estamos en territorio español, y en España esa pregunta suya es, además de descortés, inconstitucional.”

La situación ha cambiado mucho en los últimos veinticinco años, desde que yo negociaba en nombre de España nuestra adhesión al Tratado de Roma. Hace un cuarto de siglo en la sede de las Instituciones europeas la lengua de trabajo era el francés; y en francés hube yo de conducir las arduas negociaciones de adhesión de España. Ya se adivinaba entonces la fragilidad de la hegemonía lingüística francesa: el Ministro de Exteriores de Giscard, Jean François Poncet, llegó a ofrecerme confidencialmente que muchas de las dificultades últimas (casi todas francesas) en las que tropezaba nuestra negociación se allanarían si España, una vez miembro de pleno derecho de la Comunidad, se comprometía a defender la

lengua francesa como única lengua de trabajo en todas las instituciones comunitarias. Fingí una rápida consulta telefónica con el Presidente Suárez y le dí el compromiso así avalado al Ministro francés. Ni las dificultades se allanaron ni el francés se salvó: Poco después se generalizaría el inglés como única lengua de trabajo en la Babel comunitaria.

La necesidad de resolver definitivamente la difícil relación entre Francia y Alemania, que había dado tres guerras en menos de un siglo (1870, 1914 y 1939), es la idea germinal de Jean Monnet en 1945. De ella nacen la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, la fracasada Comunidad Europea de Defensa en el mismo año y la Comunidad Económica Europea en 1954. Los grandes problemas económicos parecen ya encauzados, pero la tensión política entre Alemania y Francia seguirá viva cincuenta años después constituyendo un cuarto mal congénito del que sufre la construcción de Europa. Francia, vencedora virtual de la última guerra, y Alemania justamente vencida en ella, son el núcleo de la Unión Europea in fieri pero mantienen en el corazón de Europa su polémica histórica, unas veces agria y pública y otras soterrada y mansa, siempre entorpecedora. Se pueden visualizar tres etapas en esa lucha encarnándola en tres parejas de protagonistas: De Gaulle y Adenauer, Giscard y Schmidt y Mitterrand y Kohl. La corpulencia moral y física del General se impone durante la primera etapa a la persona endeble y anciana, aunque firme, del Canciller. Un equilibrio sugiere la imagen de la segunda pareja. Y en la tercera es otra vez la corpulencia avasalladora, esta vez alemana, la que abruma la fragilidad inteligente de Mitterrand. Al principio del largo proceso de nuestra adhesión Francia exhibe y usa su ventaja política y Alemania arrastra el complejo de culpa de la guerra tan reciente. Yo presidía el Gobierno de España durante una parte de la segunda etapa y mantuve frecuentes conversaciones con Schmidt, Giscard y Mitterrand. Con Schmidt llegué a tener una mayor confianza y cuando le preguntaba por el deliberado *low profile* con el que abordaba públicamente las grandes cuestiones, por ejemplo, la instalación del Sistema Monetario Europeo –que había sido iniciativa alemana–, me respondía inevitablemente con el complejo del Holocausto, tirándole algún viaje a la vanidad de Giscard:

“Prefiero, porque es más eficaz, cederle a Valery todo el honor y toda la iniciativa”.

Kohl ya no tenía complejos y afrontó libre de ellos la reunificación de Alemania. Le ayudaron mucho en el proceso las vacilaciones del francés. Mitterrand no quiso ver el inevitable futuro, se entrevistó –iniciado ya el proceso de unificación– con el último Presidente de la RDA y fue a pedir ayuda a Gorbachov, en un intento inútil y desleal de detener, o al menos, retrasar la imparable reunificación. Porque que con ella se terminaba el porfiado intento de Francia de conservar la primacía en la construcción de Europa. Durante medio siglo la paridad con Alemania había sido la obsesión de todos los gobiernos franceses: pari-

dad en el número de diputados en Estrasburgo, en la presidencia y la calidad de las Comisiones parlamentarias, en el voto ponderado del Consejo, y manteniendo la sede del Parlamento en una ciudad francesa, Estrasburgo, que apenas tenía comunicación aérea directa con las capitales comunitarias; o defendiendo desesperadamente el francés como lengua de trabajo, o negándose sistemáticamente a devaluar el franco antes de la Moneda Única. Todo aquel tinglado de *grandeur* ya no se puede mantener después de la reunificación alemana. La famosa pregunta que un Ministro de Adenauer se hacía por los años sesenta (¿Hasta cuando vamos a consentir que Francia viaje en un asiento de primera si solo tiene un billete de segunda?) ha sido contestada implacablemente por la dureza de los hechos. Furet y Julliard publican en 1988 un libro lleno de claridad francesa: ellos sí saben lo que le pasa a Francia, no como reprochaba Ortega a los españoles (“No sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa”). Y lo que les pasaba a nuestros vecinos ya en 1988, según Furet y Julliard, era esto: “Estamos viviendo el fin de la excepcionalidad francesa... Volvemos a ser un soldado de filas”.

La ampliación desmesurada de la Unión a 27 miembros acentúa la ingobernabilidad que solo podría remediar una estructura federal: pero la rotura del eje franco-alemán por el desfallecimiento francés ha dejado a la Unión invertebrada. ¿Qué esperanza hay de un futuro viable?

Hasta el pasado mes de Mayo no se vislumbraba una esperanza próxima. Pero la elección para la Presidencia de la República francesa de Nicolás Sarkozy ha abierto un panorama nuevo en Francia y en Europa, un nuevo reparto de cartas, una nueva “donne” sobre el tapete verde de la mesa de juego europea. No seré yo tan temerario que pretenda adivinar como será ese juego. Pero sí me atrevo a señalar alguno de sus previsibles rasgos nuevos.

Con Sarkozy en el Elíseo y una mayoría presidencial en la Asamblea termina de hecho la muy larga etapa de gaullismo en Francia. De Gaulle preside casi dictatorialmente la política francesa durante la guerra y la posguerra. Después de su retirada en 1969, y de su muerte dos años más tarde, el peso de la inmensa figura del General sigue *pairando* (si se me permite en esta Academia el uso poco académico del expresivo verbo *pairar* en la acepción más portuguesa que castellana de amenazar de cerca) sigue *pairando* hasta ayer sobre Francia y sobre su política europea.

A partir de ahora cabe esperar razonablemente algún cambio en la Unión. Por ejemplo: una mayor prudencia en el gasto agrícola. O un mejor entendimiento con el vecino atlántico de ultramar. Porque una permanente obsesión del General De Gaulle desde que llega a Londres al día siguiente de la espectacular derrota francesa en 1940, había sido apoyar el renacimiento de Francia (*redressement*, en término gaullista) en una tenaz oposición a los Estados Unidos. Sobre los

hombros de Churchill cae a partir de entonces, y hasta Pearl Harbour, íntegramente el peso de la guerra por la defección francesa, que ha firmado una paz por separado con Alemania; y el inglés sabe que la única salvación frente al victorioso ejército alemán acampado en el Canal de la Mancha es el gran amigo americano que todavía no se decide a entrar en la contienda. Pero la francofilia y la generosidad congénitas de Churchill han permitido que en Londres, junto a él, se instale un oficial francés, tan alto como desconocido entonces, tan tenaz como antiamericano, que levanta la bandera de la Francia Combatiente y recaba para él solo la representación francesa. Proyectada sobre este complicadísimo campo de fuerzas se agiganta la histórica figura de Winston Churchill en aquellos días dramáticos que preceden a la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Dividida y desvencijada la Francia continental en 1940, De Gaulle alza desde Londres la bandera de la Francia Combatiente frente a la mansedumbre de la Francia de Vichy y apoya un constante contrajuego antibritánico en el desperdigado Imperio Colonial Francés, en cuyos puertos sigue amarrada una parte de la escuadra francesa. La entrada en la contienda de los Estados Unidos alivia y complica a la vez la desagradable posición de Churchill, porque De Gaulle no quiere que los Estados Unidos jueguen un papel protagonista en Europa. Una larvada escaramuza anglofrancesa se instala en Oriente Medio y en Madagascar. Toda esta tensión francobritánica será otro mal congénito años más tarde cuando se constituya la Comunidad sin el Reino Unido, y Francia consiga de hecho su hegemonía en ella.

La experiencia pasada permite suponer que la Unión sabrá afrontar sus males antiguos a partir de esta situación nueva. Todos, incluido el más grave, el de su estructura esquizofrénica, el de su duda nunca resuelta entre un confederalismo vago y un federalismo estricto. Recientemente Ulrich Bell y Jeremy Rifkin han explorado un orden social nuevo que reemplazaría a los Estados soberanos no por un gobierno mundial, sino por un equivalente moderno y secular de la organización política universal que existió en la Cristiandad de Occidente en la Edad Media. Este orden superaría la contradicción, hoy insuperable, entre federalismo y confederalismo como los físicos del siglo pasado hicieron posible y fecunda la cohabitación entre ondas y corpúsculos en la delicada estructura de la luz. Que, no lo olvidemos, esta luz contradictoria, fue, según el Génesis la primera obra del Creador en el tiempo recién creado.

BIBLIOGRAFÍA

FURET, FRAÇOIS; JACQUES, JULLIARD; ROSANVALLON, PIERRE, *La République du centre. La fin de l'exception française*, París, Calmann-Lévy, 1988.

RIFKIN, JEREMY, *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2004.